

A Dios le interesa la historia

ANTONIO LUQUE PIÑERO

VICARIO DEL OPUS DEI EN GRANADA PARA ANDALUCÍA ORIENTAL

Es claro que el título de este artículo es ambiguo e impreciso. Me ha venido a la cabeza con motivo de la celebración, un año más, de la fiesta de San Josemaría Escrivá, celebrado el pasado 26 de junio

En realidad, los santos son prueba evidente de que Dios no cesa de anunciarnos su mensaje y de guiarnos a través de los pasos difíciles de la historia. Los santos contribuyen decisivamente a que la historia sea un tiempo de salvación, y no sólo un tiempo de convulsión.

Todos percibimos, de una manera u otra, que estamos pasando página en el voluminoso libro de la historia. Desde hace tiempo hablamos de postmodernismo, mientras que los estudiosos de la evolución de la sociedad y del pensamiento intentan concretar los elementos emergentes de la 'nueva sensibilidad'. Es cierto que la época moderna, la época de la emancipación, nos ha dejado también aportaciones muy valiosas; entre otras, la conciencia clara de que el ciudadano es algo más que un súbdito: es un

interlocutor que tiene peso como podemos ver por facebook, tweeter, twenty, etc.

Estemos o no en las redes sociales, cada mujer y hombre tiene un valor intrínseco que no depende de su estatus, ni de su posición social. Cada uno somos hijos de Dios, que es el Señor de la historia.

Y ciertamente, a Dios le interesa la historia. La gran historia de la civilización humana y la pequeña historia de cada uno. Ambas se cruzan y entrelazan de mil maneras. Aunque para la historia cronológica la Iglesia tenga 2000 años, para la historia teológica la Iglesia es siempre contemporánea. Jesucristo es aquel «que es, que era y que ha de venir» (Ap. 1,4). Esa presencia suya, siempre actual en los santos, es la que explica que estos sean «los verdaderos reformadores que tantas veces han rescatado a la humanidad de los valles oscuros en los cuales está siempre en peligro de precipitarse» (Bened. XVI. Vigilia con los jóvenes. Marienfeld, 20.8.2005)

En este sentido, San Josemaría y el Beato Juan Pablo II fueron dos incansables buscadores que primero habían sido buscados.

En la etapa inicial de su vida, sus biografías tienen rasgos comunes: familia profundamente cristiana, presencia del dolor desde la edad infantil, desarrollo de su vocación en medio de una sociedad convulsa y conflictiva. Pero donde esa similitud se hace aún más reveladora es en el camino que les lleva al sacerdocio. Ni Karol ni Josemaría reciben la llamada al sacerdocio desde el ambiente eclesiástico, sino desde el mundo. San Josemaría se consideraba 'anticlerical', porque no le gustaban las intrusiones de los clérigos en ámbitos que pudieran lesionar la libertad y responsabilidad de los laicos; y Juan Pablo II fue una persona apasionadamente interesada por el mundo y abierto permanentemente a todos los problemas. No fueron ellos los que buscaron ser sacerdotes sino que Dios entró en sus almas, donde ya latía un apasionado amor al mundo y a la historia, y ellos decidieron ponerse incondicionalmente a su servicio.

El cristiano debe unir al realismo el optimismo. «El mal y el bien se mezclan en la historia humana, y el cristiano deberá ser por eso una criatura que sepa discernir; pero jamás ese discernimiento le debe llevar a negar la bondad de las obras de Dios, sino, al contrario, a reconocer lo divino que se manifiesta en lo humano, incluso detrás de nuestras propias flaquezas», señalaba San Josemaría. En definitiva, Cristo no ha venido a juzgar al mundo, sino para amar al mundo. Y en nuestra historia personal Cristo nos sigue esperando. Ánimo en este trayecto de búsqueda o encuentro.